

Wonderland

Manuel. A. Lugo



Image not found.

Capítulo 1

Cuando Los Sueños Se Encienden

"No siempre es bueno desear que nuestros sueños se vuelvan realidad"

Aunque cansado me detengo un momento extrañado al ver una flor que al parecer sigue mi curso, debe de ser por el viento, puesto que esta tempestad va de mal en peor, las gotas son como una cortina que nubla el horizonte pero esta flor, tan roja y brillante no es fácil de ignorar, ¿será una Dalia? ¿Amapola? no puedo saber. La atrapara pero no creo que sea una de mis pocas buenas ideas.

Así que vuelvo a correr, sin rumbo alguno entre tanta vegetación, pero mejor estar aquí que en mi habitación donde sentía como mis pesadillas me atormentaban, esa impresión se va disipando, de todos modos quiero estar seguro y alejarme. Al recorrer unos dos kilómetros más, me pasa a la mente descansar y esperar, pensar y crear alguna estrategia, pero mis pensamientos son callados por una luz que posa frente a mí, me detengo abruptamente, mis pies resbalan por tanto barro donde antes de la lluvia había un suelo sólido. Caigo, duele un poco pero centro todos mis sentidos en esa luz: inesperada, cálida, en forma de esfera, un globo brillante posado en medio del bosque. Me voy durmiendo poco a poco lo produce ese resplandor, lo sé, es hipnótico no puedo quitar la mirada, siento como me derrito en el barro, como me uno con él y la lluvia que cae torrencialmente en mi rostro.

Lo último que veo antes de adormecerme: aquella flor extraña que cae en mi torso.

No puedo decir que estoy despierto, es decir, siento que lo estoy pero esto no es de cuerdos, parece que estoy aún corriendo, no puede ser aquel bosque sumergido en la pequeña ciudad donde vivo, no hay lluvia, ni brisa, nada, es como estar en una atmosfera oscura, sin fin. Después de un rato, me extraño al saber lo que estoy siguiendo: las estrellas. Hay miles de ellas donde estoy, pero no puedo alcanzarlas, es tan frustrante, las siento tan cerca pero mi mente percibe que están tan lejos allí en el horizonte. De mis ojos castaños brotan lágrimas, una ansiedad se expande rápidamente en mí, mi cabello se mueve de un lado a otro, mi piel se enrojece (muchos dicen que soy pálido, pero me esfuerzo por broncearme). Alguien me llama, lo presiento cerca pero sé que es lejano (al igual que con las estrellas) cierro los ojos y trato de despertar.

Un frio abrumador me toca las manos, me duele la cabeza, el ambiente huele raro, muy puro, muy esterilizado. Temo abrir los ojos, ¿qué tan si

despierto en una realidad aún más desconcertante?, pero si no lo hago nunca sabré que me espera.

Estoy en el hospital Princeton-Memorial, alguien me habrá encontrado por lo que veo; es el único instituto médico en esta pequeña ciudad donde podrían atender a alguien que requiere una cirugía, o por un brazo roto y por supuesto, a alguien inconsciente en medio del bosque. Me molesta la muñeca derecha, volteo la cabeza para ver, me zumba como abejas en un panal, noto que tengo un catéter suministrándome algún tipo de medicamento o que se yo, no soy doctor; tanteo un poco con la mirada en busca de algún artefacto para llamar a una enfermera, al encontrarlo en una mesa de noche a mi izquierda trato de acercarme para cogerlo. Pero al yo estar tan próximo de él una enfermera entra de improviso a la habitación. Es hermosa, con una cabellera corta de un rubio-pálido, unos labios rojizos, sin maquillaje, una cara no tan redonda, y unos ojos verde pino, viste una camisa simple azul con un cuello en "V". Ella al voltear hacia donde estoy –por mas incrédulo que suene– sus ojos me parecieron azules.

—Al fin despertaste, ya era hora.

— ¿Qué me paso?

—Ya iremos a eso deja de hablar, dime cómo te llamas.

Su forma directa está influenciada por aquel tinte médico-paciente que exige el ambiente profesional extendiéndose hasta las enfermeras más calladas o amables; en ella se sentía que algo la asustaba.

— Darian Warrick, tengo 22 años, mi color favorito es el naranja, nueve por cuatro son treinta y seis...

—Si, ya entendí –me interrumpió– no tienes ningún daño neuronal, no tienes por qué ser presumido.

Me ve con atención casi como distraída, pasó fuera del cuarto un grupo de enfermeras con un carro de resucitación, ella se sobresaltó, asustada, tiene los nervios de punta (por lo que podía deducir). Se queda viendo a la puerta, nuevamente distraída.

— ¿Y tú cómo te llamas? –le pregunto.

Ella voltea nuevamente a mi dirección, se queda callada un momento, como tratando de analizar lo preguntado.

—Amelie Lovers y por cierto tengo que...

Un sonido estridente inunda el hospital entero, parecida a una alarma de incendios ¿Qué habrá pasado?

— ¿Qué sucede? —se me ocurre preguntarle.

En su cara se nota una expresión de sorpresa, que por más expresiva que fuese no menospreciaba su belleza. Se acerca a mí y me arrebató el catéter con un poco de brusquedad, (lo que me produjo dolor, pero no mucho), dice algo, algo parecido a: ¡levántate! O ¡salgamos de aquí!, pero a este punto donde el miedo se apodera no importo, me levanto rápidamente de la cama, siento una punzada en la cabeza (pensé que me desmayaría otra vez pero no fue así). Me toma del brazo, su mano se siente fría en sus ojos se nota nuevamente aquel destello azulado. Me conduce de un solo impulso hacia fuera de la habitación las manos le tiemblan, le costó abrir la puerta.

El corredor es tan pulcro como la habitación, aún sigue aquel olor esterilizado, pero un nuevo aroma se presenta: raro, amargo y dulce como un perfume fétido.

Ve de lado a lado angustiada, hasta aterrada se le podría decir. Las luces empiezan a parpadear, apagándose de momentos y encendiendo en sus arranques. Hay como dos o tres personas en el pasillo. Están inmóviles, una de ellas un doctor con bata blanca posa a un lado de nosotros, justamente leyendo mi informe médico, me imagino que se dirigía al cuarto donde yo estaba.

—Deja de distraerte debemos irnos.

— ¿Por qué?, ¿Qué está pasando?

No respondió me lleva más allá, hacia una puerta de emergencias, pasando el vestíbulo, unas recepcionistas se encuentran sentadas en un cubículo, una atendiendo un teléfono la otra sentada viéndose las uñas de la mano derecha, al igual que las otras personas, paralizadas. Amelie abre la puerta de incendios y me hace una seña para seguirla.

Las escaleras se sienten cada vez más largas, en realidad el edificio no es tan grande, pero la realidad en estos instantes parece estar deformándose, por consiguiente se puede decir que esto no me extraña.

Las luces detrás de nosotros se apagan, una tras otra, mi sangre se enfría y presiento que la suya va por un mismo camino.

—Darían apúrate.

Mi reacción ante esas palabras no fue para nada esperada, me detuve frente a ella en un escalón mayor, planto mis ojos en un contexto

desafiante.

—Primero tendrás que decirme que está pasando, no más tarde o nunca, ahora.

Su mirada, con esos ojos verdes, tan hermosa, se estaba enfadando, espero a que me deje aquí, no me conoce, no entiendo por qué ella me está cuidando tanto. Me hizo recordar a un tripulante de algún buque naufragado que pronto se hundiría y como única salvación queda una valsa que se está alejando poco a poco. Al fin decide hablar.

— ¿Acaso no entiendes tus sueños?, ¿no sientes como esto se conecta tanto a tu mente?, siéntelo conéctate y entenderás todo, pero eso será luego, la luz ya debe de estar cerca, lo presiento, vámonos.

Me mira fijamente, esperando alguna reacción, la lámpara encima de nosotros se apaga, seguida por todas las demás que alumbraban las escaleras, sus ojos se tornaron azules en tanta oscuridad. Me alejo un poco, impactado, algo está por suceder.

—Ya es tarde —Es lo único que dijo.

Se escucha un leve aleteo, que se acerca poco a poco, al parecer es de una mariposa dorada (algo pequeña) que se acerca a nosotros, solo que no es una sola, detrás de ella vienen más y más, tan juntas que parecen emanar un propio resplandor —me hace recordar a la luz que me topé en el bosque—. Amelie se antepone entre esas cosas y yo. Me alejo un poco bajando los escalones. Alargó sus brazos y unió sus manos entrelazándolas, un destello azul salió de ellas iluminando por un instante el entorno creando como una barrera entre las mariposas y nosotros, aquella pared se decolora casi desapareciendo.

—Muy bien, espero que eso funcione al menos mientras que nos vamos.

Las lepidópteras se golpean una tras otra contra una pared transparente que esta frente a nosotros, ella pasa a un lado de mí bajando los escalones sin detenerse.

— ¿Qué esperas?, ¿no me seguirás?

No sé qué pensar a decir verdad, pero como dijo ella, no es el momento debemos marcharnos. Así que terminamos por bajar las escaleras, nos encontramos con otra puerta, la diferencia es que está abierta ¿Quién se habrá ido por acá?, ¿acaso no somos los únicos que pensamos en salir?

La calle se me hace difícil de recordar, he vivido aquí toda mi vida y aun así, siento que este lugar es nuevo, diferente. Espero que no sea por desmayarme en aquel bosque, Amelie se detiene descansando, necesario

luego de tanto atareo. Frente en la otra acera, un automóvil color verde agua (o como diría mi prima graduada en la facultad de arte: «verde espuma de mar»).

Suelta un suspiro, me ve y luego dice:

—Ven, nos iremos en ese auto.

Tuve ganas de oponerme, abro la boca y trato de decir algo pero no rectifico, ella se mueve, cruza la calle desolada, camina por la acera y entra en el asiento del copiloto, yo estoy detrás de ella y me toca entrar por la puerta de pasajero, el auto es viejo pero es una belleza, está en pleno y constante mantenimiento, debe ser de los 60 o los 70.

Al entrar siento un olor cálido junto al calor de un automóvil encendido, el conductor, un hombre alto, de cabellera larga y oscura.

—Alex arranca de una buena vez —le dice cansadamente Amelie.

—Primero hola Amelie, segundo preséntame a tu amigo —su voz no llega a ser gruesa pero tampoco a ser chillona, voltea hacia nosotros tiene una barba escasa y unos ojos extremadamente azules, más fuertes que los de Amelie cuando estaba en aquella oscuridad— les estoy salvando la vida sean agradecidos —volvió delicadamente la vista al volante.

—Me llamo Darian —digo al ver que Amelie no respondía— mucho gusto Alex

No dijo nada. Apretó el acelerador y el auto se puso en marcha.